

¡Mascotas a terapia! Actitudes de los terapeutas hacia la incorporación de mascotas en la evaluación familiar

Pets to therapy ! Therapists' attitudes towards incorporating pets into family assessment

^{1,2,3}Marcelo Rodríguez Ceberio, ^{2,3}Romina Daverio, ³Jésica Agostinelli, ³Carolina Calligaro, ³Florencia Nicolas, ^{2,3}Cristian Biragnet, ³Gema Sánchez Cuevas, & Marcos Díaz ^{1,3,4}Videla

¹Universidad de Flores

²Escuela Sistémica Argentina

³Laboratorio de Investigación en Neurociencias y Ciencias Sociales (LINCS).

⁴Laboratorio de Investigación en Antrozoología de Buenos Aires (LIABA).

Contacto: marcelorceberio@gmail.com

Resumen: Los animales de compañía se encuentran fuertemente integrados a la vida de las familias de la cultura occidental, donde alrededor del 90% de sus tenedores los considera miembros de sus familias. Sin embargo, el campo de la salud mental prácticamente había ignorado los vínculos humano-animal en la formación y práctica clínica. Con el propósito de evaluar las actitudes de los terapeutas hacia la consideración de las mascotas en su práctica, se desarrolló un estudio descriptivo mediante encuestas del que participaron 327 psicólogos clínicos. Estos completaron un formulario online con un cuestionario sociodemográfico y la Escala de Actitudes del Terapeuta Hacia la Incorporación de Mascotas (EATHIM), construida para este estudio (α de Cronbach .86). La edad de los terapeutas y la cantidad de años de ejercicio profesional no se relacionaron con la escala; y la comparación de grupos de acuerdo con las modalidades de atención (i.e., familia, pareja, niños) no mostró diferencias en sus puntajes de EATHIM. Los profesionales de orientación psicoanalítica obtuvieron menores puntajes. Las terapeutas mujeres y los que consideraban a las mascotas importantes en la vida personal obtuvieron mayores puntajes de EATHIM. Se discuten los resultados, destacando la tendencia de los terapeutas a estar de acuerdo en considerar a las mascotas como integrantes de las familias con roles significativos, a la vez que rechazando su incorporación concreta en la práctica clínica. Se destaca la necesidad de incorporar los vínculos humano-animal en la formación profesional para poder operativizarla en la práctica.

Palabras clave: actitudes, animal de compañía, evaluación familiar, mascotas, psicoterapia.

Abstract: Companion animals have a strong presence in Western culture families. They are considered to be part of the family by 90% of them. However, the mental health field had practically ignored the human-animal connection in both clinical training and practice. In order to analyze how therapists consider pets in their clinical practice, a descriptive study was developed using an online form with a sociodemographic questionnaire and the Therapist Attitudes Scale Towards the Incorporation of Pets (EATHIM), built for this research (Cronbach's α .86). The sample population comprised 327 psychologists. The results obtained indicate that the age of the therapists and the number of years of professional practice is not related to the scale. The comparison of groups according to the modalities of care (family, couples, children) did not show differences in their EATHIM scores. Psychoanalytical counseling professionals obtained lower scores than the rest of them. Female therapists and those who considered pets important in personal life scored better on EATHIM. These results are discussed, highlighting the tendency of therapists to accept and consider pets as members of families with significant roles, but reject their concrete incorporation into clinical practice. The importance of implementing the links between humans and animals in professional training, so they are incorporated in clinical practice, is highlighted.

Keywords: attitudes, companion animal, family evaluation, pets, psychotherapy.

En la mayoría de las culturas modernas las mascotas se han convertido en una característica siempre presente en la vida familiar (Serpell &

Paul, 2011), y la mayor parte de los propietarios de animales de compañía tiende a considerarlas como miembros de su familia (Cain, 1895; Faver

& Cavazos, 2008).

En 2016 cerca del 57% de los hogares de Estados Unidos tenían una mascota, con perros y gatos como las opciones más populares (American Veterinary Medical Association, [AVMA], 2018). En la Unión Europea en el 2017 se encontró que poco más del 26% de los hogares tenían al menos un gato, y alrededor del 18% tenía al menos un perro (European Pet Food Industry Federation [FEDIAF], 2017).

De acuerdo con una encuesta realizada por una compañía internacional de estudios de mercado (GfK, 2016) en 22 países ($n = 27,000$ personas), Argentina, México y Brasil son los países con mayores porcentajes de dueños de mascotas, seguidos por Rusia y Estados Unidos. Esta investigación estimó que en Argentina el 80% de los hogares contaría con al menos una mascota.

Las cifras de organismos oficiales para la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) resultaron un poco menores, aunque igualmente significativas. El último informe publicado por el Ministerio de Hacienda (DGEyC, 2016) estimó una población de 430,000 perros, a razón de un perro cada 7.14 personas, y 250,000 gatos, a razón de un gato cada 12.5 personas. Según lo informado, el 59,3% de los hogares tiene una mascota (37% perros y 19 % gatos).

Consecuentemente, en estas sociedades occidentales actuales, la definición de familia incluye integrantes no humanos. Alrededor del 90% de los tenedores de animales de compañía los considera miembros de sus familias (Cohen,

2002; Díaz Videla, 2017). De acuerdo con una investigación realizada con custodios de perros y gatos de Argentina, el 92.9% de los participantes indicó considerarlos como miembros de la familia (Díaz Videla & Olarte, 2016).

Estos animales presentan similitudes con los miembros humanos de la familia, pero también diferencias. Muchas personas refieren recibir de sus mascotas algo que no pueden obtener de otros humanos (i.e., constancia, incondicionalidad, aceptación independiente de contingencias, falta de juicio). Al mismo tiempo, las emociones generadas por estos animales son las mismas que las generadas por los miembros humanos de las familias (Chalres, 2014).

Empíricamente, se encontró que tras incorporar un animal a la familia, este debe aprender las reglas de la familia, y a su vez, la familia debe adaptarse a este. En el proceso, el animal desempeña un rol activo pudiendo, incluso, renegociar las reglas (Power, 2008). Las funciones desempeñadas por los animales se adecúan a las necesidades funcionales de las familias en cada etapa de su ciclo vital, siendo, además, particularmente valiosos durante los períodos de transiciones y crisis propios del desarrollo familiar. Los animales pueden amortiguar los efectos del estrés, brindando afecto, constancia y continuidad. A su vez, se reconoce que los animales favorecen el cumplimiento de las dos funciones básicas de las familias, en tanto favorecen la cohesión familiar, funcionando como un pegamento que mantiene a los miembros unidos, y a su vez favorece el

desarrollo y la socialización de los individuos (Díaz Videla & Ceberio, en prensa).

Sin embargo, hasta finales del SXX las mascotas parecen haber sido pasadas por alto al estudiar las familias. El campo de la salud mental ha demorado en reconocer la importancia de los vínculos entre las personas y sus animales de compañía en la teoría clínica, en la investigación y en la práctica (Walsh, 2009a).

Esto, posiblemente, se haya debido a la dificultad del científico social, objetivo y racional, para considerar animales no humanos como potenciales miembros del sistema familiar (Albert & Bulcroft, 1988). Así, hasta hace poco, los psicólogos — y en gran medida, la comunidad científica— prácticamente había ignorado el estudio de la interacción entre humanos y las demás especies animales (Herzog, 2012). Cuando se mencionaba los vínculos desarrollados con animales, mayormente se adoptaba una postura especulativa condenatoria, calificándolos de sustitutos sociales antropomorfizados para paliar la soledad (e.g., Sluzki, 1996). De este modo, se ha desatendido —cuando no descalificado— un área de la vida social que resulta habitual, rica emocionalmente y de un interés analítico significativo (Sanders, 2003).

Con el propósito de conceptualizar la familia como un todo, los terapeutas familiares han sido de los primeros en reconocer el rol significativo de las mascotas como miembros de las familias (Cain, 1985). Adicionalmente, la Teoría Familiar Sistémica ha sido uno de los

enfoques más utilizados para entender la función de las mascotas en las familias (Díaz Videla, 2015; Turner, 2005; Walsh, 2009b). En tanto desde esta perspectiva la familia se considera un sistema, es susceptible de ser descrita a partir de los principios válidos para todos los sistemas. Estos se constituyen por elemento o unidades (i.e., integrantes) en interrelación, contando con una interacción dinámica y constante intercambio de energía e información con el mundo exterior (Ceberio, 1999). Así, este modelo teórico habría facilitado la conceptualización de los integrantes no humanos como miembros de las familias. Sin embargo, en la formación y en la práctica de la terapia familiar se ha prestado escasa atención a los vínculos entre humanos y animales (Walsh, 2009b).

Los profesionales de la salud frecuentemente preguntan sobre las personas importantes en redes de parentesco y sociales, pero no suelen tomar en cuenta a los animales de compañía. La importancia de incluir una evaluación sobre la funcionalidad de los animales de compañía puede ser fundamental. Al ignorarla pueden pasarse por alto amenazas y aliados potenciales. Por ejemplo, una mujer víctima de violencia doméstica podría negarse a mudarse a un refugio porque no podría llevar su mascota con ella, aunque sienta vergüenza para plantear esa situación (Turner, 2005; Walsh, 2009b).

Si bien los consultantes pueden sorprenderse por el interés del terapeuta en el

tema, habitualmente responden con valiosas descripciones. Estas historias son generalmente ricas en información sobre las relaciones significativas, incluyendo patrones de comunicación y dinámicas relacionales (Johnson & Bruneau, 2019).

Así, es aconsejable incluir a las mascotas al confeccionar el genograma familiar. Este se configura como un modelo siempre presente en el trabajo de algunos terapeutas, mientras que otros, lo utilizan como una herramienta técnica a aplicar según los casos (Herman, 2018). Incorporar a los animales de compañía en el genograma suele generar entusiasmo en los consultantes, quienes parecen querer indicar a sus terapeutas que sus familias incluyen animales y que estos influyen su bienestar (Hodgson, Darling, Monavvari, & Freeman, 2018).

Si bien desde hace más de 30 años que se ha destacado la utilidad de incluir a las mascotas en el genograma (Davis, Geikie, & Schames, 1988), la misma no se ha propuesto formalmente hasta hace relativamente muy poco (McGoldrick, Gerson, & Petry, 2008). Esta inclusión se ha propuesto, mayormente, a partir de un único símbolo (i.e., rombo) de manera muy inespecífica. Tampoco parece justificarse qué información adicional se debería consignar. La primera propuesta de símbolos diferenciados por especie resultó impráctica, escasamente desarrollada y poco consistente con el resto del genograma (Hodgson & Davies, 2011). Recientemente, Ceberio y Díaz Videla (en

evaluación) han sistematizado una propuesta simple y exhaustiva acerca de la estructuración de las mascotas en el genograma familiar.

Además, estos autores recomendaron, cuando sea posible, observar directamente las interacciones entre las personas y sus mascotas. Estas evidenciarán, con menor resistencia, dinámicas familiares. Y en tanto las interacciones tienden a ser isomórficas, el terapeuta puede pedir a la familia con mascota que interactúen entre sí (i.e., escenificación), seleccionando y organizando los datos en un esquema (i.e., enfoque) que le dará información útil sobre otros campos de la vida familiar. Además, puede organizar las secuencias proponiendo modalidades interaccionales diferentes en una intervención familiar (Minuchin & Fischman, 2004). La evaluación de los roles de los animales de compañía debe guiar la decisión de los profesionales sobre incluir y cómo a los animales en las intervenciones terapéuticas (Faver & Cavazos, 2008).

Para esto, resulta fundamental que los clínicos puedan revisar sus propias actitudes con respecto a la importancia de las mascotas. Solo de esta manera puedan ser sensibles al significado que tiene este vínculo único para cada cliente (Walsh, 2009b). De este modo, el presente estudio se propuso evaluar las actitudes de psicoterapeutas acerca de la consideración e incorporación de los animales en el trabajo terapéutico con sus consultantes.

Método

Diseño

Se implementó un diseño descriptivo mediante encuestas, con el objetivo de evaluar las actitudes de los psicoterapeutas hacia las mascotas en su práctica clínica, mediante evidencia empírica. A su vez, se buscó identificar posibles relaciones con características de los profesionales y realizar comparaciones entre las mismas. En tanto la medición se realizó en un único momento temporal, el diseño fue transversal (Montero & León, 2007).

Participantes

El estudio contó con una muestra incidental de 327 participantes, de entre 23 y 71 años ($M = 40.08$, $DT = 11.02$), de los cuales 70 fueron hombres y 257 mujeres, representando el 21.4% y 78.6% del total de la muestra respectivamente (ver Tabla 1). La cantidad de años desde la graduación de los profesionales osciló entre 1 y 49 años ($M = 12.35$, $DT = 9.96$). La muestra estuvo constituida en su mayoría por terapeutas argentinos (90%), aunque no hubo limitaciones por lo que también contó con profesionales de habla hispana de Ibero-latinoamérica.

Tabla 1. Caracterización de la muestra de psicoterapeutas ($n = 327$).

Variable		%
Sexo	Hombre	21.4
	Mujer	78.6
Modelo terapéutico	Psicoanalítico	11.7
	Cognitivo-conductual	23.5
	Sistémico	43.4
	Ecléctico	14.7
	Otros	6.7
Atención de niños	Si	48.5
	No	51.5

Atención individual	Si	97.9
	No	2.1
Atención de parejas	Si	57.1
	No	42.9
Atención de familias	Si	63.3
	No	36.7

Instrumentos

Se confeccionó un cuestionario sociodemográfico que permitían caracterizar la muestra de terapeutas, así como también preguntas acerca de la práctica clínica de estos profesionales (e.g., año de graduado, enfoque terapéutico). Además, para esta investigación, se confeccionó la Escala de Actitudes de los Terapeutas Hacia la Incorporación de Mascotas (EATHIM). La misma consistió en un cuestionario de 12 reactivos tendientes a evaluar conductas y actitudes de los terapeutas hacia la consideración de los animales de compañía como elementos significativos respecto de las dinámicas familiares y su quehacer terapéutico.

Los ítems de la escala fueron tomados de la literatura sobre dinámicas relacionales humano-animal de compañía, a partir los cuales se confeccionó una primera versión de la escala. Se realizó, entonces, una prueba piloto de la que participaron 15 terapeutas a quienes se les solicitó completar el instrumento de manera impresa, a la vez que realizar anotaciones y comentarios sobre este. Con la información recabada, algunos reactivos fueron eliminados y se modificó la redacción de otros para facilitar la comprensión. La nueva versión constó de los 12 ítems definitivos, que también fueron sometidos a prueba con 15 terapeutas, no siendo necesarias

modificaciones.

Para los reactivos sobre las consideraciones de los terapeutas se utilizó una escala de formato Likert de 5 puntos, que oscilaba entre 1 (*totalmente en desacuerdo*) y 5 (*totalmente de acuerdo*). Los reactivos 2 y 10 son de puntaje inverso (ver anexo). La escala EATHIM mostró un nivel de confiabilidad muy elevado (α de Cronbach .86).

Procedimiento

La versión final del instrumento fue digitalizada a través de Google Forms para que los participantes pudieran acceder mediante un link. La invitación a participar del estudio fue enviada por correo electrónico, juntamente con link de acceso al protocolo, a los profesionales de las redes de contactos de los investigadores. A su vez, se realizaron posteos en redes sociales convocando profesionales a participar del estudio, quienes debían enviar un correo electrónico para que se les reenviara el link con el protocolo. Este link no fue publicado en redes para evitar que fuera completado por no psicólogos, así como tampoco que este fuera tomado diferencialmente por grupos de profesionales dedicados a intervenciones asistidas con animales. Los participantes fueron seleccionados de manera incidental, buscando un efecto de bola de nieve a partir de los colegas allegados a los investigadores.

Antes de comenzar a contestar, se verificó que las personas cumplieran con los criterios de

inclusión: que fueran graduados universitarios de la carrera de psicología, y que se encontraran en ejercicio de la práctica clínica. No hubo restricciones respecto de la zona de residencia de los profesionales. Luego de esto, los participantes fueron notificados sobre el carácter anónimo y voluntario de su participación en el estudio, una idea general respecto de los objetivos y sus fines académicos, y el tiempo de duración de la encuesta (estimado en 5 minutos).

La recolección de datos se produjo durante los meses de Agosto y Septiembre de 2019, y el análisis y la redacción del informe se realizaron en el mes siguiente. Para el análisis estadístico se utilizó el software IBM SPSS 20.0 para Windows.

Análisis de Datos

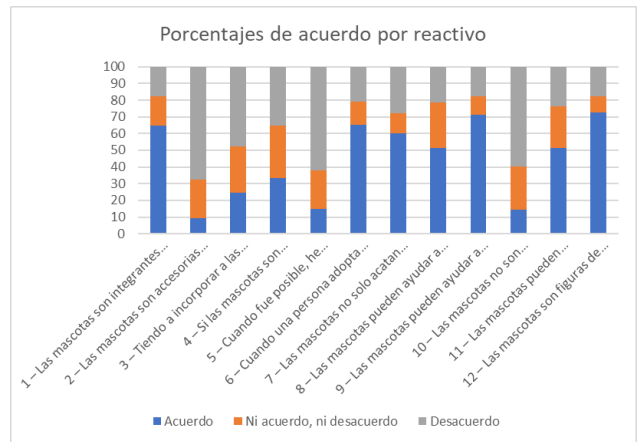
La prueba Kolmogorov-Smirnov mostró que la distribución de los puntajes de EATHIM se apartó significativamente de un modelo normal ($p < .001$). Por este motivo, al momento de realizar correlaciones se optó por la prueba no paramétrica *rho* de Spearman. Las comparaciones de grupos se realizaron a través de pruebas U de Mann-Whitney. Para evaluar asociaciones entre variables con nivel de medición nominal (e.g., sexo del terapeuta y tenencia o no de mascotas) se utilizó la prueba Chi Cuadrado de Pearson. Para todas las pruebas se estableció un nivel de significación alpha de .05.

Resultados

El 81% de los terapeutas indicó que los animales de compañía eran importantes en su vida, y el 70.5% indicó convivir con estos, siendo la cantidad de mascotas por hogar $M = 1.65$, $DT = 1.54$. En los hogares de los terapeutas donde había mascotas ($n = 229$) los perros estuvieron presentes en el 86%, seguidos por los gatos (61%), otros (17.1), mamíferos pequeños (15.8%), aves (14.5%) y peces (12.5%).

Los porcentajes de acuerdo según reactivos se consignan en la Figura 1. Las afirmaciones de mayor grado de acuerdo entre terapeutas fueron: (12) Las mascotas son figuras de apego: 72.7%; (9) Las mascotas pueden ayudar a la socialización de los integrantes de la familia: 71.3%; y (1) Las mascotas son integrantes de las familias de mis pacientes. Las actitudes de puntaje inverso recibieron muy poco acuerdo: (2) Las mascotas son accesorias en la vida de mis pacientes: 9.5%; y (10) Las mascotas no son integrantes legítimos de las familias de mis pacientes, sino más bien depositarios de proyecciones, deseos y frustraciones: 14.5%. Sin considerar estas últimas, las afirmaciones que menor acuerdo recibieron fueron: (5) Cuando fue posible, he invitado a mis pacientes a concurrir a sesión con sus mascotas: 14,8%; (3) Tiendo a incorporar a las mascotas de los pacientes al confeccionar el genograma (o lo haría en caso de confeccionarlo): 24,7%; y (4) Si las mascotas son consideradas miembros de la familia por el paciente, sería útil incorporarlas en alguna/s entrevista/s en el consultorio: 33,4%.

Figura 1. Porcentajes de acuerdo por reactivo de la escala EATHIM. Las respuestas Muy de acuerdo y De acuerdo, así como Muy en desacuerdo y En desacuerdo fueron agrupadas entre sí para este gráfico.



La escala EATHIM no mostró relación con la edad ni la cantidad de años de ejercicio de la profesión de los terapeutas, así como tampoco con la cantidad de mascotas que los terapeutas tenían ($ps > .54$). La mayor permisividad hacia el ingreso de sus propios animales al consultorio se relacionó levemente con la edad del terapeuta ($rs = .21$, $p < .01$) y, de manera más moderada, con la cantidad de años de ejercicio de la profesión ($rs = .24$, $p > .001$). De manera esperable, también estuvo relacionada con los puntajes de EATHIM ($rs = .23$, $p < .001$). Llamativamente, los terapeutas que tenían mascotas y los que no, no mostraron diferencias significativas en los puntajes de EATHIM ($p > .14$).

Las comparaciones a partir del sexo del terapeuta mostraron que las mujeres tenían puntajes significativamente más altos en EATHIM ($z = -2.60$, $p < .01$). Terapeutas hombres y mujeres no mostraron diferencias en la tenencia o no de mascotas, así como tampoco

al indicar la relevancia de estas en su propia vida, ni respecto de la permisividad de estas a ingresar al consultorio ($ps > .32$).

Respecto de las modalidades de atención, el grupo que realizaba terapia de familia estaba conformado por terapeutas de mayor edad ($z = -4.60, p < .001$) y tenía más años de experiencia ($z = -4.71, p < .001$), sin diferenciarse por sexo del terapeuta ($p > .51$). Este grupo no mostró diferencias significativas en EATHIM ($p > .05$), aunque sí en la permisividad del ingreso de sus mascotas a su propio consultorio ($z = -2.35, p < 0.5$).

Algo similar se observó respecto de los terapeutas de pareja, quienes tenían mayor edad ($z = -6.49, p < .001$) y más año de experiencia ($z = -6.12, p < .001$). En este caso, los terapeutas hombres realizaban terapia de pareja en mayor medida que las mujeres ($X^2 [1] = 4.31, p < .05$). Sin embargo, el grupo de terapeutas que atendían parejas no mostró diferencias significativas en EATHIM, ni en la permisividad al ingreso de sus mascotas al consultorio ($ps > .07$).

Al comparar los terapeutas que atendían niños con los que no, se observó que los grupos no mostraban diferencias en ninguna de las variables antes mencionadas, ni siquiera por el sexo del terapeuta. Las comparaciones entre quienes realizaban y quienes no realizaban terapia individual no se realizaron debido la escasa cantidad del segundo grupo.

Al comparar los terapeutas de acuerdo con sus enfoques terapéuticos, se observó que lo

de enfoque psicoanalítico tenían puntajes significativamente menores de EATHIM en comparación al resto ($z = -2.00, p < .05$). No se observaron diferencias al comparar los terapeutas de enfoque cognitivo-conductual con los demás ($p > .29$), al comparar los sistémicos ($p > .45$), ni al comparar al grupo definido como ecléctico ($p > .14$). La permisividad al ingreso de los animales de compañía de los terapeutas al consultorio no mostró diferencias significativas al comparar los grupos de terapeutas de acuerdo con sus orientaciones teóricas ($ps > .13$).

Los terapeutas que tenían mascotas y los que no, no mostraron diferencias respecto de sus puntajes de EATHIM. Sin embargo, la comparación entre aquellos que indicaron que los animales de compañía eran importantes en su vida y los que no, sí arrojó diferencias significativas, con mayores puntajes para el primer grupo ($z = -3.09, p < .01$).

Discusión

En el presente estudio, el 70.5% de los terapeutas que participaron convivían con animales de compañía, siendo las especies más frecuentes los perros, seguidos por los gatos. Estos datos coinciden con los de GfK (2016) para la región. Sin embargo, resultó llamativo que la tercera categoría de especie estuviera ocupada por “Otros”, la cual incluía mayormente reptiles (e.g., iguanas, serpientes, tortugas, etc.). El porcentaje de terapeutas que indicó que las mascotas eran importantes en sus vidas fue de 81%, superando el porcentaje de tenedores. Esto

refleja las actitudes favorables hacia los vínculos con las mascotas dentro de la región.

La escala EATHIM no estuvo relacionada con la edad de los terapeutas, así como tampoco con la cantidad de años de ejercicio profesional. Aunque algunos de los primeros estudios en el área habían sugerido que las personas más jóvenes tenían actitudes más positivas hacia los animales (e.g., Kellert, 1993), esto parece estar más equiparado en la actualidad. Por ejemplo, en este contexto, se mostró recientemente que la edad de los custodios influía en las características de la relación con sus animales, pero sin diferencias en la intensidad relacional general (Díaz Videla, 2016).

De todas formas, los terapeutas de mayor edad tendían más a permitir a sus mascotas ingresar a sus consultorios. Esto no respondería tanto a la edad en sí misma, como a la cantidad de años de ejercicio de la profesión; variable que se relacionó de manera más intensa con la permisividad. Sobre este punto, debemos considerar tres aspectos que pueden estar influyendo. Por un lado, los terapeutas más jóvenes tienden a desplegar su práctica clínica en espacios que no les son propios. De modo que existe un encuadre dado por los espacios institucionales, donde no se permiten animales. Por otro lado, introducir un animal al consultorio implica una nueva variable en juego y los terapeutas más inexpertos pueden evaluar que estarían complejizando aún más la práctica y prefieran evitarlo. En este sentido, se observó

que el grupo de terapeutas más inexpertos era menos probable que atendiera en modalidad de pareja o familia, donde al haber más personas en sesión, se suele demandar mayor manejo clínico. Finalmente, los terapeutas con menos experiencia tienden a apearse más rígidamente a los encuadres preestablecidos, mientras que los terapeutas más experimentados suelen adoptar una actitud más flexible y un estilo más propio. Así, incorporar a sus animales es más plausible para estos últimos, mientras que los primeros pueden considerarlo una transgresión al encuadre.

Al comparar las actitudes de los terapeutas de acuerdo con su línea teórica de abordaje, se observó que los profesionales de orientación psicoanalítica fueron quienes obtuvieron menores puntajes en EATHIM. Sin diferencias al comparar los demás. Es posible que el modelo psicoanalítico, más orientado a una unidad de análisis individual y aspectos intrapsíquicos, no repare en las dinámicas relacionales humano-animal, sino que las conciba netamente desde constructos simbólicos y proyectivos. En cualquier caso, la orientación teórica terapéutica no mostró diferencias al considerar la permisividad de las propias mascotas al consultorio. Ni siquiera para los psicoanalistas, quienes tienden a trabajar en un encuadre más rígido, neutral y abstinentemente de filtrar aspectos personales del profesional. Es posible que muchos psicoanalistas se sorprendan al enterarse de que Sigmund Freud atendía en su consultorio acompañado de su perra Jofi (Walsh,

2009b).

De acuerdo con sus modalidades de atención, los grupos de terapeutas no mostraron diferencias en la escala EATHIM. Resultó llamativo que el grupo de terapeutas que realizaba abordajes familiares no tuviera actitudes más positivas hacia la incorporación de mascotas, a partir de su mayor tendencia a considerar a todos los integrantes de la vida familiar en su unidad de análisis (Ceberio, 1999). Sin embargo, esto puede relacionarse con una variable que va más allá de sus actitudes, y responde a su formación profesional. Aún hoy, los planes de estudio de los estudiantes de psicología carecen de contenidos ligados a los vínculos entre humanos y animales (Walsh, 2009b). De esta manera, los futuros profesionales no solo no cuentan con herramientas para aprovechar este aspecto relacional, sino que, además, la constante omisión de referencias al respecto ayudaría a mantenerlo invisibilizado luego, en la práctica profesional.

El análisis de las respuestas por reactivos permitiría apoyar esta idea, en tanto los terapeutas mostraron elevados porcentajes de acuerdo con las afirmaciones ligadas a la valoración de los animales como miembros de la familia y fuentes de apoyo para sus miembros. Sin embargo, los menores porcentajes estuvieron en los reactivos donde se hacía referencia a la participación de los animales en las sesiones. Es decir, los terapeutas afirmaban que las mascotas eran miembros de las familias que

desempeñaban funciones importantes, pero a la vez, rechazaban la idea de incluirlos concretamente en sus abordajes. Así, esta exclusión terapéutica de los animales de compañía posiblemente se deba a la falta de formación y experiencia para hacerlo.

El hecho de que los terapeutas con y sin mascotas no difieran en sus actitudes puede explicarse, al menos parcialmente, debido al elevado porcentaje de tenedores de animales, el cual, de por sí, no informa acerca del tipo de relación e interacciones. Por otro parte, que los terapeutas que destacaban la importancia de los animales en su vida sí tuvieran mayores puntajes en EATHIM, da cuenta de la importancia de la experiencia personal de los terapeutas sobre su propia práctica. Esta experiencia cobra mayor importancia en la medida en que la formación profesional deja un vacío.

Las comparaciones de grupos entre los terapeutas que atendían niños y los que no, no arrojaron ninguna diferencia estadísticamente significativa. Esto resultó llamativo, en tanto, algunos autores (e.g., Davis et al., 1988) han reportado que es más frecuente que los niños hablen abiertamente de sus animales, por lo que sus terapeutas suelen incorporarlos más, así sea desde una perspectiva lúdica. Adicionalmente, la falta de diferencias de acuerdo con la edad o el sexo del terapeuta también resultó llamativa y ameritan ser investigadas específicamente.

Las terapeutas mujeres mostraron actitudes más favorables hacia la incorporación de las mascotas de los pacientes en la

psicoterapia, aunque no en cuanto a la relación personal con sus propios animales. Esto condice con los resultados de investigaciones que plantean que, en la mayoría de las sociedades occidentales, las mujeres parecen exhibir más respuestas de afecto positivo hacia los animales y a estar más preocupadas por su bienestar que los hombres (Serpell, 2011). Si bien se reconoce que hay algunos aspectos de la relación con los animales donde no se manifiestan diferencias de género, hay otros en los que sí. Por ejemplo, algunos estudios mostraron que las mujeres tendían a pensar a sus perros en términos más antropomórficos (Amiot & Bastian, 2017) y a considerarse en términos más simétricos, es decir, más como pares, de los perros en general (Miura, Bradshaw, & Tanida, 2000). Así, las terapeutas mujeres podrían considerar y valorar a los animales en términos más próximos a los de los humanos en las familias. Coincidentemente con otras investigaciones (e.g., Marx, Stallones, Garrity, & Johnson, 1988; Parslow, Jorm, Christensen, Rodgers, & Jacomb, 2005), los terapeutas hombres y mujeres indicaron convivir con mascotas y considerarlas importantes en sus vidas en igual medida. Adicionalmente, no hubo diferencias en la permisividad de las mascotas de los terapeutas al ingreso al consultorio. Esto concuerda con los datos de investigaciones que sostuvieron que una de las dimensiones en el vínculo con los animales de compañía donde no se observan diferencias de género es en las interacciones (Díaz Videla & Olarte, 2019). Así, tanto los

terapeutas hombres como mujeres compartirían su consultorio y práctica profesional con sus animales en igual medida.

Finalmente, es conveniente destacar que esta investigación cuenta con algunas limitaciones. Por un lado, la muestra no es representativa, sino que fue de conveniencia. De esta manera, tampoco se limitó a una región pequeña, sino que fue abierta. Si bien se realizaron intentos por recoger una muestra no sesgada por grupos particulares de terapeutas, especialmente los dedicados al trabajo con animales, y el tamaño muestral fue grande, es recomendable reconsiderar los resultados con muestras más representativas delimitadas geográficamente. Por otro lado, la escala EATHIM es de reciente creación y de considerarse útil, deberá someterse a un proceso de validación más riguroso.

Conclusiones

En las sociedades occidentales existe un amplio acuerdo respecto del lugar significativo que los animales de compañía, principalmente perros y gatos, ocupan en los vínculos y dinámicas familiares. Sin embargo, la formación y la práctica de los profesionales de salud mental parecen mayormente haber ignorado esta dimensión de la vida familiar.

Este estudio permitió destacar que, si bien existe una tendencia en los psicoterapeutas a aceptar a los animales como integrantes de las familias desempeñando roles y funciones significativos, no suelen incorporarlos en su

práctica clínica. Es posible que esto responda a la falta de formación profesional y de herramientas clínicas específicas para hacerlo. Los vínculos humano-animal se omiten en los programas de estudios de la carrera de psicología en las universidades argentinas. Otro tanto corresponde a la formación de posgrado, donde —a excepción de los cursos específicos sobre intervenciones asistidas con animales— los programas carecen de contenidos que permitan considerar interacciones más allá de las exclusivamente humanas, ignorando o desacreditando otras posibilidades.

En el presente estudio resulta claro que estos terapeutas no consideran a los animales como sustitutos sociales antropomorfizados para paliar la soledad, sino que, más bien, los reconocen como figuras de apego potencialmente beneficiosas para sus pacientes. Sin embargo, en la práctica, tienden a dejar de lado esta dimensión significativa y rica de la vida familiar.

Como profesionales de salud mental, debemos destacar el rol de los animales de compañía en la vida de nuestros pacientes. Para esto, debemos visibilizar la relevancia de los vínculos humano-animal y sus posibilidades de aplicación en la práctica clínica. Esto requiere que los psicólogos podamos asumir el compromiso de desarrollar y difundir trabajos académicos, basados en investigaciones, que puedan sistematizar propuestas; las cuales deben integrarse en los planes de estudio de los futuros profesionales, así como en la formación de

posgrado de estos. De manera deseable, este trabajo, contribuirá en esa dirección.

Referencias

- Albert, A., & Bulcroft, K. (1988). Pets, families, and the life course. *Journal Of Marriage & Family*, 50(2), 543-552. DOI: 10.2307/352019
- Amiot, C. E., & Bastian, B. (2017). Solidarity with animals: Assessing a relevant dimension of social identification with animals. *PloS one*, 12(1), e0168184. DOI: 10.1371/journal.pone.0168184
- AVMA [American Veterinary Medical Association]. (2018). *Pet Ownership & Demographic* (2017-18). Disponible en: <https://www.avma.org/News/PressRoom/Pages/AVMA-releases-latest-stats-on-pet-ownership-and-veterinary-care.aspx>
- Cain, A. O. (1985). Pets as family members. *Marriage & Family Review*, 8(3-4), 5-10.
- Ceberio, M. R. (1999). Ciencias modernas, complejidad y psicoterapia. En G. Nardone y P. Watzlawick (Eds.), *Terapia breve, filosofía y arte* (pp. 13-34). Barcelona: Herder.
- Ceberio, M. R., & Díaz Videla, M. (en evaluación). Las mascotas en el genograma familiar.
- Charles, N. (2014). 'Animals just love you as you are': experiencing kinship across the species barrier. *Sociology*, 48(4), 715-730. DOI: 10.1177/0038038513515353
- Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members? *Western Journal of Nursing*

Research, 24(6), 621-638. DOI: 10.1177/019394502320555386

Psicología, 28(2), 109-124. DOI: 10.15446/rcp.v28n2.72891

- Davis, L., Geikie, G., & Schamess, G., (1988). The Use of Genograms in a Group for Latency Age Children. *International Journal of Group Psychotherapy*, 38(2), 189-210. DOI: 10.1080/00207284.1988.11491097
- Díaz Videla, M. (2015). El miembro no humano de la familia: las mascotas a través del ciclo vital familiar. *Revista Ciencia Animal*, 9, 83-98.
- Díaz Videla, M. (2016). *La relación humano-perro de compañía: Estudio descriptivo en Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Tesis doctoral. Universidad de Flores. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Díaz Videla, M. (2017). *Antozoología y la relación humano-perro*. Buenos Aires: iRojo.
- Díaz Videla, M., & Ceberio, M. R. (en prensa). Las mascotas en el sistema familiar. Legitimidad, formación y dinámicas de las familias humano-animal. Dossier: Familias Ultramodernas. *Revista de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata*.
- Díaz Videla, M., & Olarte, M. A. (2016). Animales de compañía, personalidad humana y los beneficios percibidos por los custodios. *PSIENCIA*, 8(2), 1-19. DOI: 10.5872/psiencia.v8i2.201
- Díaz Videla, M., & Olarte, M. A. (2019). Diferencias de género en distintas dimensiones del vínculo humano-perro: Estudio descriptivo en ciudad autónoma de Buenos Aires. *Revista Colombiana de*
- Dirección General de Estadística y Censos. [DGEyC]. (2016). Informe módulo de Tenencia responsable y sanidad de perros y gatos. Encuesta anual de hogares 2014. *Ministerio de Hacienda, Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Disponible en: <https://www.estadisticaciudad.gob.ar>
- Faver, C. A., & Cavazos Jr., A. M. (2008). Love, safety, and companionship: The human-animal bond and latino families. *Journal Of Family Social Work*, 11(3), 254-271.
- GfK. (2016). Pet Ownership. Global GfK Survey. Disponible en: https://www.gfk.com/fileadmin/user_upload/country_one_pager/AR/documents/Global-GfK-survey_Pet-Ownership_2016.pdf
- Herman, D. (2018). *Narratology beyond the human: Storytelling and animal life*. New York: Oxford University Press.
- Herzog, H. (2012). *Los amamos, los odiamos y... los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.
- Hodgson, K., & Darling, M. (2011). Pets in the family: Practical approaches. *Journal of the American Animal Hospital Association*, 47(5), 299-305. DOI: 10.5326/JAAHA-MS-5695
- Hodgson, K., Darling, M., Monavvari, A., & Freeman, D. (2018). Patient Education Tools: Using Pets to Empower Patients' Self-care—A Pilot Study. *Journal of Patient Experience*, 2374373518809008, 1-5. DOI: 10.1177/2374373518809008

- Johnson, A., & Bruneau, L. (2019). Pets and relationships: How animals help us understand ourselves and our connections with others. En L. Kogan & K. Blazina (Eds.), *Clinician's Guide to Treating Companion Animal Issues* (pp. 173-191). London: Academic Press. DOI: 10.1016/B978-0-12-812962-3.00011-3
- Kellert, S. R. (1993). Attitudes, knowledge, and behavior toward wildlife among the industrial superpowers: United States, Japan, and Germany. *Journal of social issues*, 49(1), 53-69.
- Marx, M. B., Stallones, L. B., Garrity, T. F., & Johnson, T. P. (1988). Demographics of pet ownership among US adults 21 to 64 years of age. *Anthrozoös*, 2(1), 33-37. DOI: 10.2752/089279389787058262
- McGoldrick, M., Gerson, R., & Petry, S. (2008). *Genograms: Assessment and intervention*. New York: WW Norton & Company.
- Minuchin, S., & Fischman, H. C. (2004). *Técnicas de terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Miura, A., Bradshaw, J. W., & Tanida, H. (2000). Attitudes towards dogs: A study of university students in Japan and the UK. *Anthrozoös*, 13(2), 80-88. DOI: 10.2752/089279300786999860
- Parslow, R. A., Jorm, A. F., Christensen, H., Rodgers, B., & Jacomb, P. (2005). Pet ownership and health in older adults: Findings from a survey of 2,551 community-based Australians aged 60-64. *Gerontology*, 51(1), 40-47. DOI: 10.1159/000081433
- Power, E. (2008). Furry families: making a human-dog family through home. *Social & Cultural Geography*, 9(5), 535-555. DOI: 10.1080/14649360802217790
- Sanders, C. R. (2003). Actions speak louder than words: Close relationships between humans and nonhuman animals. *Symbolic Interaction*, 26(3), 405-426.
- Serpell, J. A. (2011). Human-Dog relationships worldwide. *Dog population Management*, 15(2), 49-56.
- Serpell, J., & Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.) *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (pp. 298-309). Oxford University Press.
- Sluzki, C. E. (1996). *La red social: Frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- Turner, W. G. (2005). The role of companion animals throughout the family life cycle. *Journal Of Family Social Work*, 9(4), 11-21. DOI: 10.1300/J039v09n0402
- Walsh, F. (2009a). Human-animal bonds I: The relational significance of companion animals. *Family Process*, 48(4), 462-480.
- Walsh, F. (2009b). Human-animal bonds II: The role of pets in family systems and family therapy. *Family Process*, 48(4), 481-499. DOI: 10.1111/j.1545-5300.2009.01297.x

Esta encuesta es parte de un estudio sobre actitudes de los psicoterapeutas. La misma es anónima y sus resultados serán utilizados para fines académico-científicos. Su participación es voluntaria, y tomará 5 minutos aproximadamente. Usted debe tener título universitario de psicólogo y ejercer la profesión en el área clínica.

INFORMACIÓN SOBRE USTED

Sexo: Masculino Femenino

Lugar de residencia: _____

Edad: _____

Años de graduado en psicología: _____

INFORMACIÓN SOBRE SU PRÁCTICA CLÍNICA

Modelo terapéutico que utiliza prioritariamente:

Psicoanalítico Cognitivo-conductual Sistémico Ecléctico Otro

¿Atiende niños? Si No

¿Atiende en terapia individual? Si No

¿Atiende parejas? Si No

¿Atiende familias? Si No

¿Confecciono el genograma de mis pacientes? Si No

A continuación, se presentan una serie de enunciados referentes a ud. y su práctica clínica, respecto del lugar de las mascotas (perros y gatos) en la vida de sus pacientes. Por favor indique la opción que mejor lo representan a Ud., según la siguiente escala:

Totalmente en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo
1	2	3	4	5
1 – Las mascotas son integrantes de las familias de mis pacientes			1 2 3 4 5	
2 – Las mascotas son accesorias en la vida de mis pacientes			1 2 3 4 5	
3 – Tiendo a incorporar a las mascotas de los pacientes al confeccionar el genograma (o lo haría en caso de confeccionarlo)			1 2 3 4 5	
4 – Si las mascotas son consideradas miembros de la familia por el paciente, sería útil incorporarlas en alguna/s entrevista/s en el consultorio			1 2 3 4 5	
5 – Cuando fue posible, he invitado a mis pacientes a concurrir a sesión con sus mascotas			1 2 3 4 5	
6 – Cuando una persona adopta una mascota, las reglas y organización de su casa se modifican			1 2 3 4 5	
7 – Las mascotas no solo acatan las reglas de la casa, sino que pueden negociarlas de manera activa			1 2 3 4 5	
8 – Las mascotas pueden ayudar a mantener la cohesión familiar			1 2 3 4 5	
9 – Las mascotas pueden ayudar a la socialización de los integrantes de la familia			1 2 3 4 5	

¡Mascotas a terapia! Actitudes de los terapeutas hacia la incorporación de mascotas en la evaluación familiar

10 – Las mascotas no son integrantes legítimos de las familias de mis pacientes, sino más bien depositarios de proyecciones, deseos y frustraciones	1	2	3	4	5
11 – Las mascotas pueden intervenir activamente en triangulaciones relacionales (por ej, interrumpiendo discusiones)	1	2	3	4	5
12 – Las mascotas son figuras de apego	1	3	3	4	5

ALGO MÁS SOBRE USTED

¿Son importantes las mascotas en su vida? Sí No

¿Tiene mascotas en su hogar? Sí No
↓

Si contestó afirmativamente, indique:

¿Qué especies de mascotas tiene?

Perro/s Gato/s Ave/s Peces Mamíferos pequeños Otro/s

¿Cuántas mascotas tiene en su hogar? ____

En mi práctica clínica, permito que mis mascotas ingresen al consultorio

Nunca Pocas veces A veces Muchas veces Siempre

¡Muchas gracias por su participación!

Escala de Actitudes del Terapeuta Hacia la Incorporación de las Mascotas (EATHIM)

- 1 – Las mascotas son integrantes de las familias de mis pacientes
- 2 – Las mascotas son accesorias en la vida de mis pacientes (*puntaje inverso*)
- 3 – Tiendo a incorporar a las mascotas de los pacientes al confeccionar el genograma (o lo haría en caso de confeccionarlo)
- 4 – Si las mascotas son consideradas miembros de la familia por el paciente, sería útil incorporarlas en alguna/s entrevista/s en el consultorio
- 5 – Cuando fue posible, he invitado a mis pacientes a concurrir a sesión con sus mascotas
- 6 – Cuando una persona adopta una mascota, las reglas y organización de su casa se modifican
- 7 – Las mascotas no solo acatan las reglas de la casa, sino que pueden negociarlas de manera activa
- 8 – Las mascotas pueden ayudar a mantener la cohesión familiar
- 9 – Las mascotas pueden ayudar a la socialización de los integrantes de la familia
- 10 – Las mascotas no son integrantes legítimos de las familias de mis pacientes, sino más bien depositarios de proyecciones, deseos y frustraciones (*puntaje inverso*)
- 11 – Las mascotas pueden intervenir activamente en triangulaciones relacionales (por ej, interrumpiendo discusiones)
- 12 – Las mascotas son figuras de apego